

Notas bibliográficas

Pedro León Loyola: "UNA OPOSICIÓN FUNDAMENTAL DEL PENSAMIENTO MODERNO: CAUSALIDAD Y EVOLUCIÓN." (Editorial Jurídica de Chile. Santiago, 1954. Con el Discurso de Recepción de Roberto Munizaga).

El 8 de junio de 1953 se reunió la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile para recibir nuevamente en su seno —ahora en calidad de Miembro Académico— a su ex profesor Don Pedro León Loyola. Esta fue la memorable oportunidad en que el maestro, a quien ingratos sucesos llevaron al exilio universitario nueve años antes, pronunció la lección de erudita e inspiradora Filosofía que, considerablemente ampliada y anotada, forma este volumen de la Editorial Jurídica. El Discurso de Recepción pronunciado con aquel motivo por el Profesor Roberto Munizaga, constituye no sólo un bello homenaje a la figura intelectual y moral de su antiguo maestro, sino también un excelente Prefacio al libro del escritor. En ese Discurso no se habla, claro está, del libro mismo, conocido y, en buena parte, escrito mucho después. Y, no obstante, es, por su espíritu, su más adecuada Introducción. Algunos libros de Filosofía no son únicamente un repertorio de asertos verdaderos o falsos, verosímiles o improbables, sino también una completa expresión espiritual, medida de las delicadas virtudes de fervor, veracidad, dignidad intelectual, vocación ética del alma que los inspira. Y así, puede conocerse en este aspecto tan significativo, partiendo del alma singular de donde brotan, como puede ya conocerse el fruto no nacido a partir de la especie y salud del árbol que los produce.

Los que nos iniciamos en Filosofía con las lecciones universitarias del Profesor Loyola, reconocemos fácilmente en este libro, antes que todo, los inconfundibles rasgos de su valioso espíritu. De la primera a la última de sus páginas cruza el soplo de un pensamiento apasionado y dramático, fácilmente perceptible bajo la tersa superficie de su exposición sobria y rigurosa. Hay modos del filosofar. Unos preferirán, quizás, el modo desaprensivo, impersonal, de duras aristas geométricas, el modo "hard-minded" que diría William James. Pero su opuesto, el modo "tender-minded" de "filosofar con toda el alma" será siempre un recurso fecundo del pensar. Porque si aquel tiene la virtud de facilitar el inventario de las pocas cosas claras que hay en el mundo, éste otro posee la de conservar en su insobornable complejidad el carácter vital, la condición de concretamente vividos por el hombre, de los muchos misterios que nos rodean. Por eso, el trabajo del Profesor Loyola nos produce la impresión de un meditar auténtico. Los abstractos temas epistemológicos de que se ocupa no son para él sólo eso —temas— sino desazón viva, cuyo sesgo intelectual no ha ahogado lo que en ella hay de tensión integral del espíritu. De esa tensión arranca la actitud filosófica, pero no se reduce a ella, porque, en definitiva, la tarea del filósofo consiste en expresar en las formas del concepto y del juicio, las vivencias originarias del azoramiento, en convertir en pregunta y respuesta inteligibles, lo que comienza por ser angustia y anhelo. Este empeño es patente en nuestro autor, y es lo que da a su obra el inconfundible sello de un libro de filosofía.

El problema de la Causalidad es de

vieja prosapia metafísica; mas, como todos los problemas de esta índole, pasea su espectro inquietante en pleno mediodía científico. El empeño —nada nuevo tampoco— del neopositivismo para expulsarlo del pensamiento con la marca infamante de los pseudoproblemas, no parece haber triunfado. Ya no son únicamente los metafísicos quienes se ocupan de él: su actualidad es hoy mayor que nunca entre los propios hombres de ciencia, que si puede hacerse a veces la ilusión de obviarlo, cambiándole de nombre, reinciden en él de una manera u otra, redefiniéndolo, replanteándolo, hasta volviéndolo del revés. Que este problema es función de la estructura de la razón humana, lo muestra muy bien el Profesor Loyola, al ocuparse de su origen y sentido en las cuatro primeras secciones de su libro —Mente y Realidad, La Razón Humana, La Causalidad, Causa y Ley; y sobre todo, en la sección VIII— “Oposición entre las ideas de Causalidad y Evolución. ¿Cómo se podría conciliarlas?” en donde pone en fórmula precisa el punto de vista a que adhiere. “Si se examina detenidamente el asunto —escribe— se verá que la afirmación de la causalidad tiene su raíz en una exigencia fundamental de la razón: la persistencia de lo real, aplicación al suceder en el tiempo, aplicación dinámica, pudiera decirse, del principio de identidad”. Pero esta misma idea de la razón es la que hace algo difícil de comprender la aparente adhesión del Profesor Loyola a la noción de una razón cambiante. A ella apunta, en efecto, una breve referencia al comienzo de la sección II, y otra un poco más extensa en la sección VIII (página 117) “¿Es esta variación esencial de la razón algo que deba esti-

marse como inconcebible?”, se pregunta. “No, de ningún modo”, responde, para agregar más adelante: “No hay, pues que escandalizarse por la idea de mutaciones profundas que pudiera experimentar la mente humana”. Esta idea, ya familiar entre los sociólogos y filósofos franceses a comienzos de este siglo (Lévy-Bruhl, Durkheim, Boutroux) no es, sin embargo, una idea clara. Es lástima que las limitaciones impuestas al autor por las circunstancias que dieron origen a su trabajo, no le hayan permitido poner a su servicio el acopio inmenso de informaciones y el sano juicio filosófico que posee. Que la estructura de la razón humana —las formas del pensar que no sólo promueven preguntas sobre las cosas, sino que dan sentido a todo preguntar y responder— pueda evolucionar en el futuro, es materia no susceptible de resolverse especulativamente. Sólo el porvenir de la ciencia podrá dar testimonio de ello. Es decir, sólo la extinción de la ciencia, pues si en lo esencial de sus leyes la razón humana cambia, ya no podrá hablarse de “ciencia” en el mismo sentido en que hoy la entendemos, como sistema de preguntas y respuestas racionales. Pero la otra cuestión, la de si ha evolucionado hasta ahora la razón, sí que puede saberse, observando la historia del pensamiento, siempre que pongamos claridad en el concepto de “evolución de la razón”. Esa historia procura efectivamente testimonio irrecusable de cambios en el modo de pensar el mundo, en los modos de conceptualizarlo y racionalizarlo. ¿Pero implica todo ello una transformación de las instancias racionales? ¿No es acaso la misma razón, con idénticas exigencias de unidad, consistencia, objetividad, uni-

versalidad, la que ensaya nuevos instrumentos de penetración de lo real? Afirmar que ha habido alteraciones en las formas de la razón, ¿no implica ya una idea constante de permanencia y cambio que permita dar sentido a tal aserto? Por algunos pasajes de la obra, creemos que estas reservas valdrían también para el Profesor Loyola. Hace falta, no obstante, poner en ellas mayor énfasis y darles más sistemático desarrollo.

o es éste, en todo caso, el problema capital del libro. El tema que orienta la disertación entera, dándoles su sustancia propia, es el de la incompatibilidad racional entre las nociones de causalidad y evolución. La mejor parte de su trabajo la destina el autor al examen de las más recientes ideas sobre la evolución del universo. Sus consideraciones sobre los alcances filosóficos del problema constituyen, a no dudar, el más valioso aporte del ensayo. La razón y la realidad —piensa el Profesor Loyola con penetrante espíritu de síntesis— encuentran en este problema el centro crítico de sus relaciones. Aquélla sólo admite lo inteligible, y sólo es inteligible, al parecer, lo que puede subsumirse bajo las categorías de la identidad y permanencia. Pero la realidad, por su parte, impone a la observación el hecho de los procesos evolutivos. Más aún: le impone el hecho del cambio innovador, de la evolución que trae algo nuevo al mundo, algo que no puede ser rigurosamente deducido de sus estados anteriores conocidos. ¿Cómo conciliar aquí realidad y pensamiento? ¿Cómo convertir el *hecho* de un mundo que se rehace en *derecho*, es decir, en posibilidad racional? El problema no es nuevo y, como lo recuerda el autor, se

remonta a la vieja pugna de aleatas y efesios. No es nueva tampoco la cómoda salida del irracionalismo contemporáneo que, para *comprender* la oposición, niega el término racional, negándose, por ende, a toda comprensión. El Profesor Loyola no ha elegido esta cómoda cuanto falsa salida. Su devoción racional —que no es manía racionalista— formada en las sólidas tradiciones de la Filosofía Francesa, le impone la exigencia de no eludir el problema. Las últimas veinte páginas de su libro apuntan, aunque por modo estrictamente programático, a unas direcciones de solución posible. En lo esencial ella consistiría en “superar la indigencia irremediable de las causas a que la ciencia positiva ha apelado hasta hoy, y a que por su naturaleza tendrá que apenar siempre, para dar cuenta de la serie maravillosa de creaciones producidas en el curso de esa evolución”. Y esto no puede hacerlo, claro está, sino una filosofía, una metafísica quizás, que, partiendo de la ciencia, se proponga un horizonte mucho más dilatado de comprensión intelectual. En la idea de finalidad encuentra el Profesor Loyola un ejemplo de los conceptos que, no empece el estado actual de la investigación científica, pueden enriquecer todavía el instrumental de la razón humana para una comprensión más satisfactoria de la antinomia causalidad-evolución.

La exposición se detiene en este punto, cuando el lector, con un incitante programa filosófico a la vista, quisiera verlo más desarrollado. Pero esto mismo da al trabajo el valor de un incentivo fecundo. Y si algunos no se sintieran inclinados a seguir por esta vía del filosofar especulativo, no podrían, en ningún caso, desconocer el

excelente servicio que presta el libro a quien interese un panorama general y, en lo esencial completo, del estado actual de estos temas en que por vía de la ciencia y, dejándose llevar por ésta, se está ya en plena metafísica.

JORGE MILLAS

Traducido de la REVUE PHILOSOPHIQUE DE LA FRANCE ET DE L'ÉTRANGER, números 4 a 6, correspondientes al trimestre abril-junio de 1955.

Félix Schwartzmann. EL SENTIMIENTO DE LO HUMANO EN AMÉRICA. ENSAYO DE ANTROPOLOGÍA FILOSÓFICA. T. I. Santiago, 1950, Editorial Universitaria, S. A., Ricardo Santa Cruz 747, en 8º, 289 páginas.

“Es el tomo primero (al que deben seguir, por lo menos, otros dos) de una obra que el autor, profesor de la Universidad de Chile, consagra al estudio del sentimiento de lo humano en el americano, en el de la América hispanoportuguesa, en verdad, y más particularmente de los tres grandes estados de la América del Sur. Su trabajo es notable, no solamente por una visión íntima y directa del asunto, sino por un conocimiento amplio de los trabajos de lengua alemana e inglesa sobre la psicología y sociología étnica. (Desgraciadamente, no conoce los trabajos tan fecundos sobre psicología de los pueblos emprendidos en Francia en estos últimos años).

Hay en este libro, que es sobre todo introductorio, muchas consideraciones generales interesantes. El autor denun-

cia en él, de un modo general, lo que considera como dos prejuicios: uno en el que se atribuye a la influencia del clima y del medio natural, la psicología de un pueblo (cita al respecto, un ejemplo bien conocido, la explicación de la mentalidad brasileña por el ambiente tropical); y el otro prejuicio, el que consiste en explicar tales caracteres psicológicos por medio de consideraciones sobre su propia historia social (así, refiriéndose aún al Brasil, el efecto de la esclavitud y del mestizaje). Señala, en efecto, a propósito de estos dos ejemplos, que los caracteres del brasileño que se citan como apoyo de aquellas tesis, son en realidad comunes a todos los americanos (página 248). Busca por lo tanto una realidad mucho más profunda que esas adquisiciones más o menos tardías, la que se encuentra en un cierto sentimiento de la vida o sentimiento de lo humano que se expresa en las reacciones que tiene el hombre ante sí mismo, ante el prójimo y ante la naturaleza. Pero hay aquí otra dificultad que consiste en atribuir al americano actual como propios, rasgos que no le pertenecen exclusivamente y que probablemente se deben al trastorno general de los espíritus que ha tenido lugar en el planeta entero en el curso del último medio siglo; es lo que comprende muy bien Schwartzmann cuando esboza los rasgos generales de la psicología del hombre moderno, vinculados a una transformación que ha hecho sentir su influencia sobre todos los pueblos.

Son estas, consideraciones de método importantes y que, por otra parte, tal vez tienen un valor particular en pueblos relativamente nuevos cuyo presente no se encuentra sobrecargado de una larga historia y cuya raza se ha